

Pensar la Trinidad

Por ALBERTO GARCÍA FUMERO

Cuando leía recientemente acerca de las diferentes concepciones sobre el universo me vino a la mente el misterio esencial de nuestra fe: el Misterio de la Trinidad.

Bueno, es un misterio. Bien lo recordó el Concilio Vaticano I: “La Trinidad es uno de los misterios escondidos en Dios, que no pueden ser conocidos si no son revelados desde lo alto”. Lo asumimos por la fe, pero eso no debe bastarnos.

Ahora bien, ¿es necesario? Si es algo que realmente no podemos comprender en su totalidad y si no nos es revelado, ¿no estamos pensando en una batalla ya perdida de antemano? Arreglados estamos entonces... Sin embargo, la historia del hombre es la historia del esfuerzo por comprender. Aunque vivamos a golpes, como diría Gabriel Celaya, y siempre tropezando contra nuestros vicios, defectos e imperfecciones, la verdadera medida de la condición humana es el esfuerzo por aprehender con la razón aquello que solo de manera imperfecta podemos concebir. Y aquí va todo, tanto ciencia como teología o arte.

Por otra parte, la fe sin razón es credulidad, no fe. Como nos recuerda la encíclica *Fides et ratio*, la razón y la fe se complementan recíprocamente. Si solamente dispones de una de las dos, sonamos a hueco. Algo nos falta.

Entonces, aún sabiendo que es una tarea difícil, debemos tratar de intentarlo.

¿Cómo hemos venido a entender a Dios de modo Trino y Uno? No

Las tres Personas son eternas y siempre han coexistido.

Ciertamente, hay distinción entre ellas, pero el término “personas” no se refiere a la esencia, que es la misma, sino a las relaciones entre sí.

Las diferencian las relaciones de origen: “El Padre es quien engendra, el Hijo es engendrado, y el Espíritu Santo es quien procede”.

está de más que repasemos estas cosas: la analogía del anaquel del conocimiento en el cual las figurillas de porcelana de nuestras ideas y conceptos son despolvadas periódicamente para con ese mayor lucimiento ser devueltas a su lugar está lejos de ser banal.

La afirmación de que Dios es uno aparece en toda la Biblia, desde el Antiguo Testamento (“Oye, Israel: Jehová nuestro Dios. Jehová uno es”). En cambio, la concepción de la Trinidad, aunque también anti-

gua, no aparece de manera explícita en el Antiguo Testamento. Solo veremos indicios. Realmente, hablarles a los hebreos, rodeados como estaban de pueblos politeístas, de un Dios Trino y Uno no hubiera hecho sino complicar las cosas. De todas formas, el autor inspirado de algunos libros del Antiguo Testamento presenta elementos que un estudio cuidadoso permite descubrir.

En el Libro del Génesis, se habla en plural: “Hagamos al hombre a imagen nuestra, según nuestra semejanza...”. En otros pasajes también aflora esto. Se ha argumentado la hipótesis del “plural mayestático”, algo así como el “Nos, el Rey” de los documentos reales de la antigüedad. Sin embargo, el Espíritu Santo se menciona, ya sea como Espíritu Santo o como espíritu de Yahveh, en el Génesis, en los Salmos, en los libros sapienciales...

En los Evangelios las alusiones a las distintas personas son claras. Mateo la menciona. Lucas lo hace en el relato de la Anunciación, en la narración del bautizo de Jesús, Juan comienza de la manera más directa posible, diciendo que en el principio el Verbo estaba junto a Dios, y era Dios. Luego lo hace en la descripción de la Última Cena. Nos recuerda, además, que los judíos se escandalizaron cuando oyen a Jesús decir: “Yo y el Padre una cosa somos”. Véanse también Jn 7,32-39; Jn 14,26; Jn 16,14.

En las cartas de los Apóstoles las señales son aún más evidentes. Véanse Pedro (“Según el previo conocimiento de Dios Padre, con la acción santificadora del Espíritu, pa-

ra obedecer a Jesucristo...”). Típica es la fórmula que emplea San Pablo: “La gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo sean con todos vosotros”. Podemos seguir, pero no creo que sea necesario.

La divinidad de Jesucristo, a pesar de todo, debió defenderse contra diversas interpretaciones erróneas, incluso bienintencionadas, que negaban una de sus dos naturalezas: divina y humana.

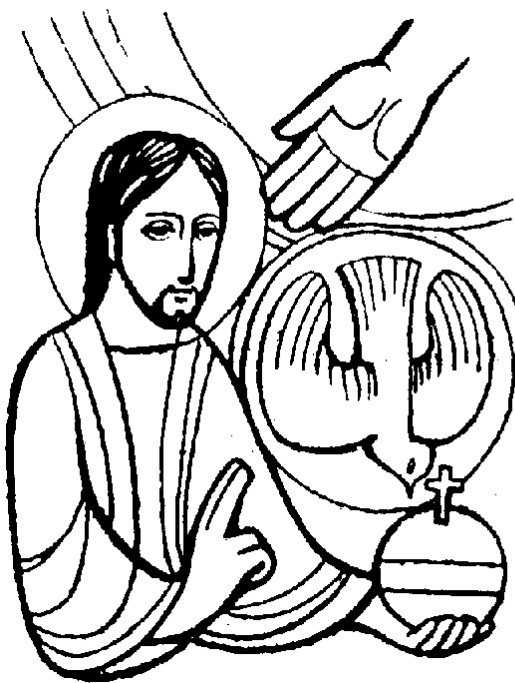
Así pues, en el Concilio de Nicea (325 d.C.) se consideró necesario, ante la amenaza del arrianismo, aclarar: “Nosotros creemos en un único Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre”.

Similarmente debió especificarse que el Hijo es consustancial al Padre, y dejarse bien clara la divinidad del Hijo. De todas formas, no fue el único Concilio que debió hacer precisiones sobre el tema. Entre otros, Constantinopla (381), Calcedonia (451), Constantinopla II (553), etc.

El Dogma de la Trinidad, en tanto concepto aún más difícil, hubo de madurar. También chocaba con el trasfondo cultural de muchos pueblos que iban siendo cristianizados. Ante la necesidad de preservar el mensaje recibido en las Escrituras y la herencia de la tradición, hizo falta encontrar una terminología y una formulación que describieran con precisión las relaciones entre las tres personas.

El II Concilio Ecuménico de Constantinopla (381), especifica: “Creemos en el Espíritu Santo, Señor y Dador de Vida, que procede del Padre, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria”.

El Concilio de Toledo (675) hace una precisión fundamental: “El Espíritu Santo, que la tercera persona



de la Trinidad, es Dios, uno e igual al Padre y al Hijo, de la misma sustancia y también de la misma naturaleza”.

Las tres Personas son, pues, eternas, siempre han coexistido. Ciertamente, hay distinción entre ellas, pero el término “personas” no se refiere a la esencia, que es la misma, sino a las relaciones entre sí. Las diferencian las relaciones de origen: “El Padre es quien engendra, el Hijo es engendrado, y el Espíritu Santo es quien procede”.

Igualmente puede ser aceptada sin mayor esfuerzo la noción del Infinito en las matemáticas y las concepciones sobre el Universo; el Big Bang; la teoría de las cuerdas; el espacio curvo e ilimitado; la extensión ilimitada del tiempo; el principio de incertidumbre de Heisenberg; las partículas subatómicas. Todo eso suele parecer ya cotidiano, entre otras razones porque ha sido sostenido por reconocidas autoridades científicas.

La luz puede comportarse simultáneamente como partícula y como onda, y no nos extrañamos. Admitimos, al menos teóricamente, la posibilidad de Universos paralelos. Decimos que hay infinitos mayores que

otros infinitos. Hablamos de interacciones, de relaciones entre procesos, de naturalezas duales y aceptamos que todo en la naturaleza es de increíble complejidad.

Con lo complicado que ya se va poniendo este Universo de Dios, ¿tenemos realmente derecho a esperar que la propia naturaleza de su Hacedor sea sencilla? A lo largo de la historia, son muchos los que, con la mejor buena fe, han interpretado erróneamente su misterio.

Paralelamente encontramos que muchas personas hablan de la Virgen de Fátima, de la Caridad del Cobre, de la Virgen de Guadalupe, como si no fueran la misma y única Madre de Dios, sino entidades diferentes y hasta en ocasiones las contraponen.

No piensan de modo acertado en “la Virgen, como se nos apareció en El Cobre, “la Virgen, como se manifestó en Fátima”...

Más que entender el misterio de Dios, en verdad lo sentimos. Captamos algunos de sus rasgos, pero a semejanza de quien quiere atrapar un rayo de luz, cerramos la mano sobre algo intangible.

En ese personal proceso de “entendernos con Dios” que atravesamos todos, en aquel momento de nuestras vidas en que maduramos la fe, sentirla va primero. Pareciera que el Principio de Incertidumbre de Heisenberg se aplicara a Dios: mientras más cerca creemos estar de entender su naturaleza, más indefinición en lo restante...

Debo aceptar con la fe cosas como el dolor y la muerte, que están en el plan de Dios, hasta que con la razón pueda algún día entender la esencia de su obrar.

Vengan, pues, fe y razón, y apóyense mutuamente. Que allí donde confluyen, está el hombre.

